

MONOGRAFIA CEDICE No. 19

LA ECONOMÍA DE MERCADO EN ALEMANIA

Ludwig Erhard

PRESENTACIÓN

Ludwig Erhard fue administrador de la política económica durante la intervención aliada (inmediatamente después de concluida la Segunda Guerra Mundial), posteriormente Ministro de Economía y, finalmente, Canciller de la República Federal de Alemania. Sus desempeños en tales roles le valieron el que la posteridad le haya reconocido como el “padre” del “milagro económico” alemán. Es decir, como el artífice del proceso que, en pocos lustros, llevó a Alemania Occidental, de ser una nación destruida, a figurar entre las dos o tres primeras potencias económicas del mundo.

Las memorias de **Erhard** fueron publicadas bajo el título de “Bienestar para todos”. Fragmentos de ellas fueron editadas por el Centro de Estudios Económicos-Sociales, de Guatemala, en una antología sobre “milagros” económicos. Esos textos son los que se resumen en esta monografía que ofrece CEDICE a sus lectores.

Y la exposición del ilustre ex-Canciller de Alemania, apoyada por pruebas empíricas de primera mano, ilustra plenamente lo que es una verdad inocultable: que los “milagros” del pasado y del presente en economía (Alemania Occidental, Japón, Hong Kong, Singapur, Taiwán, Corea del sur, Sri Lanka, etc.), no constituyen otra cosa que el “milagro” de la economía de mercado.

Erhard nos muestra aquí las vicisitudes que, en la Alemania Occidental de la inmediata postguerra, hubieron de ser superadas para que las tesis de liberalización de la economía se impusiesen a los intentos reaccionarios de centralización, planificación e intervencionismo estatal. Nos recuerda, por ejemplo, cómo se criticó a la apertura hacia el mercado por el alza inicial de los precios y, después, con el mismo furor y los mismos argumentos por ¡el descenso de los precios! Y, lo que en definitiva resulta lo importante, nos demuestra sin lugar a dudas no solo que la liberalización condujo sin pausas a la economía germano-occidental hacia el éxito que hoy exhibe, sino que tal proceso (que, además, ha significado progreso y bienestar creciente para el pueblo alemán) no habría sido posible a través de otra fórmula que no fuese el mercado.

Tal es la lección de la historia, repetida en otros tiempos y lugares, que continúan desestimando muchos líderes cuyos pueblos permanecen sumergidos en crónicas crisis económicas, políticas y sociales.

Oscar Schnell
PRESIDENTE

¿Cuál era la situación en Alemania al principio, cuando el 2 de marzo de 1948 el Consejo del Territorio Económico Unido me eligió, en Francfort, Director de Administración Económica?. Esta época anterior a la Reforma Monetaria la describí yo más tarde (el 31 de mayo de 1954, en Amberes) con las siguientes palabras:

“Era la época en que la mayoría de la gente se negaba a creer que aquel experimento de la **Reforma Económica y Monetaria** pudiese salir bien. Era la época en que se calculaba en Alemania que cada alemán podía comprar un plato cada cinco años, un par de zapatos cada doce, y **solo cada cincuenta años un traje**; que de cada cinco niños de pecho solo uno tenía pañales propios y de cada tres alemanes uno solo tendría probabilidades de ser enterrado en su propio ataúd. Y en verdad que ésta parecía la única probabilidad que nos quedaba. Testimonio del enorme ilusionismo y de la ceguera del criterio económico planificador era el creer, apoyándose en balances de primeras materias u otras bases estadísticas, que podía determinarse de antemano, para largo tiempo, el destino de un pueblo. **Aquellos mecanicistas y dirigistas** no tenían la más remota idea de la fuerza dinámica que se enciende en un pueblo tan pronto como éste puede recobrar la conciencia del valor y dignidad de la libertad”.

Sería estropear el humor de los lectores pretender reconstruir hoy un cuadro minucioso de aquellos días de la Reforma Monetaria. Permítaseme solamente aducir en esquema unos cuantos datos, a fin de aclarar cuál era la situación de partida.

El primer plan industrial, elaborado en virtud de los Acuerdos de Potsdam de 2 de agosto de 1945, pretendía fijar la capacidad industrial alemana a un nivel del 50 al 55% respecto a la situación de 1938, o a cerca del 65% respecto a la de 1936, cuando realmente este plan hubiese tenido que contar, en una estimación justa, con el hecho de que la cifra de población se había incrementado considerablemente entretanto, a consecuencia del constante aflujo de refugiados. Este propósito fracasó ya en principio ante la imposibilidad de establecer la unidad económica de Alemania.

En el segundo plan industrial, anunciado por el Gobierno Militar angloamericano el 29 de agosto de 1947 con destino a sus zonas de ocupación, se concedía en principio a la llamada bizona la capacidad completa de 1936, pero también esta concesión estaba gravada por múltiples restricciones de detalle. Entretanto, las capacidades todavía disponibles habían descendido a un 60% de 1936.

LA INFLACIÓN CON LÍMITE DE PRECIOS PARALIZA LA ECONOMÍA

Toda la producción industrial del Territorio Económico Unido continuaba arrojando todavía en 1947 únicamente el 39% respecto a 1936. Este lóbrego cuadro de conjunto se manifestaba por igual en todas las áreas parciales.

El intento de detener la inflación en aquellos años de postguerra apelando a la limitación de precios y el control económico estaba condenado al fracaso de un modo cada vez más patente. Asistimos entonces al **fenómeno de la “inflación con límite de precios”**. La superabundancia de dinero hacía imposible todo encauzamiento administrativo de la economía. Las transacciones habían dejado de verificarse por el comercio regular al por mayor y al por menor -o solo se verificaban así en proporción muy escasa-. **Las mercancías eran almacenadas en una acumulación** cada vez mayor, a no ser que, por el camino de la compensación, brindaran la base para proseguir una estrecha producción. Habíamos retrocedido a las condiciones de intercambio o trueque de productos naturales propias del mundo primitivo. El índice general de producción (descontado el ramo principal de la construcción) se movía en el primer semestre de 1948 alrededor del 50% respecto a 1936. A principios de 1948 comprobaba también el profesor Wilhelm Ropke: Alemania está de tal modo aniquilada y convertida en **un caos de tal naturaleza, que nadie que no lo haya presenciado puede imaginárselo**.

Este derrumbamiento desencadenó, naturalmente, **un violento debate en torno a los métodos aplicables para superar tal caos**. Aquí hubo todo lo contrario de la famosa unión que hace la fuerza. Lo que empezaba a hervir en Alemania era más bien la lucha entre economía planificada y economía de mercado libre; pugna que, por lo demás, removía los ánimos, no solo del lado alemán, sino también del lado de los Aliados. Los planificadores alemanes tendían, en esta situación, a una colaboración estrecha con las autoridades de ocupación de la zona británica, las cuales tenían que responder a las directrices y criterios de su Gobierno, entonces laborista, tanto más cuanto que éste se hallaba precisamente entonces en el apogeo de sus **experimentos planificadores**. Por el contrario, las fuerzas liberales de la Alemania Occidental se sentían intensamente atraídas por los “americanos”.

LA GRAN OPORTUNIDAD

A mediados de 1948 se presentó por fin **la gran oportunidad alemana**. Consistía en **emparejar la reforma monetaria con una reforma** igualmente decidida **de la economía**, con el objeto de poner fin, **el fin poco honroso que merecía**, al control económico administrativo, que extendiéndose desde la producción hasta el último consumidor, se había ido alejando por completo de la realidad de las circunstancias, dadas las exorbitantes exigencias de la gente.

Pocos tienen hoy ya conciencia exacta del grado de valor y del resuelto sentido de responsabilidad que fueron necesarios para dar este paso.

Efectivamente, la introducción de la **economía de mercado libre** en Alemania –acontecimiento casi único en la Historia- se verificó por medio de unas cuantas leyes y de una decisión libre de compromisos. **La voluntad de crear algo completamente nuevo** halló forma en el “Boletín Oficial del Congreso de Economía del Territorio Económico Unido” del 7 de julio de 1948, donde, en el mal papel de antes de la Reforma Monetaria, hoy ya amarillecido, se anunció la “ley sobre normas de control económico y política de precios después de la Reforma Monetaria”, de fecha 24 de junio de 1948. En esta ley se otorgaba al Director General de Administración Económica el derecho a tirar **al cesto de los papeles**, directa o indirectamente, y de una vez, ciento de ordenanzas sobre reglamentación del control económico y los precios. Dentro de las normas añadidas y respondiendo a ellas, se me encomendó a mí el “tomar medidas oportunas en el caso del control económico” y el “determinar pormenorizadamente qué mercancías y producciones habían de quedar fuera de los preceptos de reglamentación de precios”. Para mí esto significaba **eliminar cuanto antes el mayor número posible de ordenanzas sobre control económico y sobre precios**.

Ya al día siguiente se promulgó la “Disposición relativa al establecimiento y vigilancia de precios después de la Reforma Monetaria”, con la que quedaron derogadas docenas de ordenanzas sobre los precios. Recorríamos así el único camino posible, renunciando a enumerar todo aquello que quedaba invalidado y mencionando solo nominal y expresamente lo que había de seguir vigente. De este modo se había dado un paso importantísimo hacia la eliminación de un influjo directo de la burocracia sobre la economía.

La vasta opinión pública jamás ha tenido absoluta conciencia de lo que acontecía en el fondo de esta transición hacia el mercado libre. Baste un ejemplo. Rigurosas ordenanzas de los tribunales de control americanos e ingleses exigían, **antes de** cualquier modificación de las ordenanzas relativas a los precios, su ratificación expresa. Pero los aliados no habían pensado que a alguien pudiese ocurrírsele, no ya modificar tales ordenanzas, sino sencillamente abolirlas. Suponer **tal audacia en un alemán**, acabada de terminar la guerra, era algo que **no entraba en las categorías mentales** de una Administración que saboreaba todavía el aplastante triunfo.

Me favoreció el hecho de que el general Clay, seguramente la personalidad más destacada de la Alta Comisión, se pusiese de mi parte y **amparase mis disposiciones**. De este modo, el establecimiento de los precios de los bienes de consumo y productos alimenticios más importantes, en Alemania, escapaba a la inspección de los aliados. Este primer éxito no significa que los aliados, en meses y años sucesivos, no intentasen una y otra

vez influir con sus criterios en la reconstrucción alemana. Precisamente, en todo ese tiempo que siguió, cada debate no terminaba sin dejar paso a otro nuevo debate. Se discutía principalmente sobre los desmontajes, la reducción de impuestos, la libertad industrial, la uniformidad obligada de los precios de segunda mano, la creación de centros administrativos, la reforma de nuestra política de comercio exterior, etc.

Estas alusiones críticas, sin embargo, no pueden ni deben aminorar el **sentimiento de gratitud** que el Gobierno Federal y todo el pueblo alemán debe a los Estados Unidos y a sus ciudadanos **por la ayuda prestada con el Plan Marshall.**

HUELGA GENERAL CONTRA LA ECONOMÍA DE MERCADO LIBRE

Especialmente el segundo semestre de 1948 vino a ser **uno de los períodos más dramáticos de la historia económica alemana.** Luchaba aquí la idea de la liberación del mercado contra las fuerzas persistentes de la economía dirigida. Muchas evoluciones y circunstancias tampoco se prestaban a confiar sin reservas ni titubeos en la conveniencia de avanzar hacia la libertad. En aquellos primeros meses después de la Reforma, el índice de precios empezó a subir por todas partes considerablemente. Y no servía tampoco de gran cosa recordar constantemente que el 18 de junio de 1948 había, sí, precios oficiales bastante bajos, pero no **mercancías a tales precios**, y que cada precio actual evaluado en DM (marcos alemanes) componía solo una fracción del precio de mercado negro en RM ("reichsmark") correspondiente a los meses anteriores a la Reforma Monetaria.

Importaba decisivamente no desconcertarse ante tales turbulencias; tampoco cuando los sindicatos convocaron para el 12 de noviembre de 1948 a la huelga general, con la intención de poner fin, por este enérgico conducto, al sistema de mercado libre. En el Consejo Económico, el barómetro señalaba tormenta. Si; en casi todos los cajones de los escritorios de la Administración Económica, cuyo jefe era precisamente aquel enérgico impugnador de las ordenanzas de control y precios, yacían clandestinamente al alcance versiones revisadas de las disposiciones recién abolidas. El departamento mismo no sabía a qué atenerse en lo tocante a la rectitud de las tesis defendidas por su jefe.

Por entonces –fines de agosto de 1948- declaré:

“Persisto en afirmar, y la evolución de las circunstancias me dará la razón, que si ahora el péndulo de los precios, bajo la presión unilateral de factores propicios al incremento de los gastos y bajo la presión psicológica de este delirio dinerario, ha sobrepasado los límites de lo lícito y lo moral por

doquiera, muy pronto entraremos en la fase en que, **a través de la competencia, retroceden nuevamente los precios a su justa proporción**, a la proporción que asegura y garantiza una relación óptima entre salarios y precios, entre los ingresos nominales y el nivel de los precios”.

Esta declaración, que entonces parecía absolutamente desacorde con el sesgo de las circunstancias, me creó fama de optimista empedernido. Meses después, cuando los hechos reales me dieron la razón, fue “promovido” al rango de **moderno profeta de la economía**.

¿Confirmaba los acontecimientos semejante pronóstico?.

Después de la Reforma, la economía se encontró por de pronto frente a una disposición de los consumidores a consumir y consumir sin aparente tregua, es decir, frente a **una necesidad de recuperación poco menos que ilimitada**. No menos intensa era la necesidad de compensación y recuperación en todas las ramas de la economía misma. En el sector de la construcción, por ejemplo, a consecuencia de los estragos de la guerra en este sentido y de la precisión de dar acogida a 8 millones de refugiados, se había acumulado una necesidad casi insuperable. Aunque en los primeros días que siguieron a la Reforma, la oferta y la demanda parecían ampliamente equilibradas, el cuadro varió muy pronto. La **acumulación de mercancías**, tan múltiplemente discutida como **moralmente vituperable, pronto pasó a la historia**. Lo mismo para el empresario que para el consumidor, el dinero había recuperado su antigua importancia. Y en esta medida quedó comprobada la justicia y conveniencia de que la provisión dineraria de las empresas se hubiese mantenido conscientemente a un nivel muy moderado. De este modo, la economía se veía precisada a **ofrecer rápidamente la producción ordinaria y a liquidar los depósitos** existentes.

NO PERDER LOS NERVIOS

Ante aquel proceso de acaparamiento, que los inteligentes conocían de antiguo, pero que entonces se hacía patente a todos, el oleaje de la indignación comenzó a alcanzar un nivel muy alto. Hacía falta no poco **denuedo** para proclamar **lo que era razonable hacer desde el punto de vista de la economía nacional**:

“Saben ustedes que a mí se me reprocha ser el patrón de los acaparadores. Calumnias de esta especie no me inquietan lo más mínimo. Aborreciendo como aborrezco el atesoramiento en cuanto medida individual, me siento sin embargo obligado a recordar que un vaciamiento radical de los depósitos económicos de nuestra nación habría tenido necesariamente por consecuencia que la fuerza adquisitiva, liberada desde la Reforma Monetaria

hubiese estado ya condenada al fracaso desde el primer día, o hubiésemos tenido que mantener al pueblo, una vez más, mediante el control estatal de la economía y los precios, bajo el azote y la esclavitud de la burocracia. Piénsese por un momento que ese atesoramiento considerado como tal, es decir, como fenómeno económico-nacional, fue un fenómeno inevitable de toda la Reforma Monetaria; pertenecía, en cierto modo al cálculo de la Reforma. Es poco sincero indignarse cuando se sabe perfectamente que, si no hubiésemos dispuesto de esta pieza de apoyo, la Reforma Monetaria probablemente se hubies ido a pique”.

Las dificultades se debían a causas claramente perceptibles. Los ingresos ordinarios, así como las sumas procedentes de la cuota por cabeza y de la transformación de los ahorros de RM (“reichsmark”) afluyeron inmediata y exclusivamente al consumo. **Leonard Miksch**, íntimo colaborador mío, prematuramente fallecido en 1950, llamó la atención en octubre de 1948 sobre la circunstancia de que la evolución a partir de la Reforma Monetaria venía caracterizándose por una intensa dilatación de la cuantía dineraria, fenómeno sobre el que no podían ejercer ninguna influencia las autoridades alemanas.

Hasta el 31 de diciembre de 1948 la circulación monetaria había llegado a elevarse (incluido Berlín) hasta 6.641 millones de marcos. Consecuencia natural de esta fluidificación dineraria fue que la demanda creciese por fuerza más rápidamente que la oferta, sobre todo porque ésta se había tornado muy poco elástica de momento, debido a la escasez de géneros de importación. A ello hay que añadir que la premura existente por disminuir las existencias tendió a reducirse. Incluso el hecho de que la liberación de la economía bastase para elevar la producción de mediados de 1948 en un promedio del 50% a fines de ese año –éxito en verdad asombroso de la economía de mercado libre- no pudo impedir que en los meses de aquel otoño experimentasen los precios un alza más intensa. De aquí que muchos se sintiesen propensos a **arrojar nuevamente por la borda las libertades recién recobradas**. Frente a tales tentativas solo cabía responder:

“Si perdemos los nervios o cedemos a la **odiosa crítica demagógica**, recaeremos en la esclavitud. El ciudadano alemán perderá de nuevo la libertad que ahora, felizmente, le hemos devuelto. Volveremos a la economía planificada, que, de un modo gradual, pero seguro, lleva a la economía dirigida, a la economía autoritaria y al totalitarismo”.

Realmente, la evolución de los precios era excitante. A fines de año todos los precios habían experimentado un alza fuerte frente a junio de 1948.

Pero, como tantas veces ocurre en la vida económica, lo impopular, y en este caso socialmente desagradable, **tenía sus ventajas desde el punto de vista de la economía**. Estos ajustes de precios sobrepasaron con mucho la proporción exigida por la acomodación a un sistema de gastos modificado, lo

que naturalmente trajo consigo considerables ganancias por parte de los empresarios, y estos mismos dieron lugar a no pocos disgustos y motivaron una **óptica social insatisfactoria**. Sin embargo, tales ganancias sólo en una mínima parte tuvieron empleo en el consumo privado de los empresarios; servían más bien para reemplazar el nuevo capital de ahorro, entonces todavía no movilizable, en tanto el antiguo había quedado totalmente anulado por la Reforma Monetaria. Crítiquese cuanto se quiera este modo de formación de capital, pero en su debido momento constituyó la **base de reconstrucción** de las capacidades perdidas o aniquiladas.

FALSO DESVÍO DE LA POLÍTICA FISCAL

El curso inevitable de esta evolución condujo, pese a todo, a que en esta primera fase posterior a la Reforma pudiese acrecentarse la producción y a que los ingresos en aumento hallasen satisfacción en bienes económicos. La necesidad de invertir, que se impuso de tal manera sobre los precios, encontró también su concreción en la legislación fiscal. La ley número 64 del Gobierno Militar, fecha 20 de junio de 1948, preveía deducciones relativamente generosas, y otras ventajas y concesiones, en lugar de bajas efectivas en los impuestos.

Este método de legislación fiscal se continuó más adelante, cuando dicha legislación fue devuelta a las autoridades competentes de Alemania. Constantemente creáronse nuevos estímulos que fomentasen la inversión, como también se recompensó el trabajo adicional eximiendo de impuestos las ganancias por horas extraordinarias. Estos impulsos significaban un oportuno complemento del gozo que por fin volvía a sentirse en el trabajo, a cambio de cuya remuneración el trabajador podía ya adquirir algo y empezar a configurar nuevamente su vida.

Una ojeada a las horas de trabajo semanal de los obreros industriales pone de manifiesto las repercusiones del cambio aquí operado. El placer de trabajar, recién recobrado, llevó muy pronto a una prolongación de las horas de labor, fenómeno que hasta muy reciente fecha no ha mostrado tendencia descendente. La productividad de la economía, incrementada desde 1949 en más de un 60%, permite ahora la reducción del horario laboral, socialmente deseada sin duda; si bien este proceso ha de moverse también por cauces tranquilos, a fin de no poner en peligro por este lado el rendimiento económico total de la nación y la estabilidad monetaria.

Aunque las leyes fiscales completaban así la labor de reconstrucción de un modo en principio perfectamente adecuado a la política económica, la política fiscal recibió, sin embargo, una orientación que, posteriormente, incurrió a menudo en oposición respecto a la política económica. En otros términos: los

impuestos se convirtieron en instrumento de múltiples favorecimientos por parte del Estado, y también de influencias indeseables.

Volviendo al alza de los precios, conviene hacer notar el peligro de acumulación que había entonces. La creación dineraria en el territorio de soberanía alimentó, con su flujo persistente, la cuantía de dinero disponible, y ello de un modo continuo. A partir del 8 de agosto de 1948 la prohibición de conceder créditos en cuenta corriente, que en principio se estimó gravosa, quedó derogada, dando lugar a que el crédito bancario a corto plazo recobrase una importancia creciente.

El señalar esto no significa crítica alguna, pues las necesidades de la economía nacional se habían hecho apremiantes. La concesión de créditos iniciada favoreció automáticamente una intensa acumulación de existencias que, desde el punto de vista de la economía privada, hubo de aparecer como medida provechosa, dada el alza de precios que se acusaba. Tal se dibujaba la situación en el otoño de 1948, todo lo contrario de color de rosa.

BAJAN LOS PRECIOS

Entretanto, aquel optimismo que al principio se había creído digno de burla apareció como realismo justificado. En el primer semestre de 1950, el nivel de precios del comercio al por menor estaba un 10.6% por debajo del nivel del primer semestre de 1949. Alemania Occidental quedaba así fuera de la serie de Estados que parecían haberse resignado a una política de precios continuamente en alza.

Evidentemente, las señales de las aguas habían llevado a la política económica a cumplir una maniobra que aún hoy se siente y que, junto a consecuencias preponderantemente positivas, no dejó tampoco de ejercer influencia en los elevados excedentes que entretanto se produjeron en la balanza de pagos. Pero ¿cómo se había llegado a un giro tan sensacional para muchos, debido en sus comienzos y en su orientación básica a la política emprendida a fines de 1948 y principios del 49?

Como elemento esencial de la estabilización hay que señalar la política de salarios, que al principio –con un paro obrero todavía más considerable- no siguió al alza de los precios. Por poco compatible que sea con una economía de mercado libre, el límite de salarios se hallaba todavía en vigor. Pero, consecuentemente, ya el 3 de noviembre de 1948 se promulgó la ley derogándolo, con lo que los sindicatos recobraron al fin su movilidad, proceso inimaginable asimismo sin el consecuente derribo de la economía dirigida,

Para la relativa moderación de la política sindical de salarios fue también decisivo, seguramente, el fracaso que tuvo la tentativa de barrer a un lado la

nueva política económica con ayuda de la huelga general del 12 de noviembre de 1948. Aquel día la opinión pública dio a entender a los jefes sindicales el error en que se hallaban al combatir implacablemente la economía de mercado libre.

En aquel turbulento suceso, los trabajadores comprendían ya cuántas ventajas podría procurarles, al fin y al cabo, por ingrata que a veces pudiera parecerles, aquella evolución entonces en sus comienzos.

¿A QUIÉN COLGAR EL SAMBENITO?

Los sindicatos, ciertamente, no estaban solo en su postura crítica en aquel momento. Una ojeada a los periódicos de entonces lo prueba de sobra. **¡El pesimismo más bien amenazaba encabritarse!** Repásense algunos titulares: “Los precios emprenden la carrera”, “Erhard no sabe ya qué decir”, “Caos de precios”, “Los especialistas propugnan la vuelta al control económico”, etc.

Peor todavía era quizá el que empezaran a escucharse recíprocas invectivas en el seno mismo de la economía. Cada cual estaba pronto a echar la culpa a su compañero de juego: la industria al comercio, el comercio a la industria, las ciudades a los campesinos, y viceversa. No cabía más que un lema: permanecer firmes a toda costa. Vale la pena fijar en la memoria esta situación, verdaderamente única en la Historia, pues, tenidas en cuenta las experiencias posteriores, bien puede afirmarse que **ningún Gobierno ni Parlamento** hubiesen tenido más tarde la salud nerviosa necesaria para introducir y conservar el sistema de **economía de mercado libre**.

Entretanto, los beneficios brutos de los trabajadores, por hora, habían ascendido de 0.99 DM, en junio de 1948, a 1,13 DM, en diciembre del mismo año; incremento considerable, que, sin embargo, se movía dentro del alza de productividad. En ninguna otra circunstancia se manifiesta el efecto bienhechor de las reformas de un modo más patente que en la productividad por hora de trabajo de los obreros. Tal productividad se elevó de 62,8% (base 1936), en junio de 1948, a 72,8% en diciembre, y 80,6% en junio de 1949, o sea: cerca de un 30%, en un año, desde comienzos de la Reforma Monetaria.

A fines de otoño de 1948 el Banco de los Estados Federados (**Bank Deutscher Lander=B d L**) acordó por primera vez aplicar las **tradicionales medidas de emisión**. Elevó de un golpe las reservas mínimas de un 10 a 15%, y restringió la capacidad de redescuento a aquellos casos en que la aceptación bancaria servía para costear el comercio exterior o la compra de materias primas, o bien era indispensable con arreglo a la política de abastecimiento dispuesta por las autoridades. Conforme a estas medidas del 1

de diciembre de 1948, se exhortó a los bancos de crédito a que redujesen el volumen de sus créditos al nivel que tenían a fines de octubre de 1948.

Pero, junto a estas medidas del BdL comenzaron también a obrar restrictivamente otros factores. La creación dineraria territorial cesó con el reparto de la segunda cuota por cabeza, a fines de septiembre de 1948. La transformación de los haberes en RM (“reichsmark”) estaba lista a fin de año. Un nuevo fenómeno, que sigue preocupándonos hasta hoy, surgía en el horizonte, con un efecto entonces favorable: los presupuestos públicos, en el último trimestre de 1948, acusaban por primera vez un superávit, y de ello se derivaban efectos antiinflacionistas.

La mentalidad liberal, cuyo más visible propósito era el desmontaje de la economía dirigida, originó también la tendencia a ordenar el presupuesto mediante una **reducción sistemática de los gastos**. El 28 de junio de 1948 se publicó la ordenanza para el aseguramiento del sistema monetario y la Hacienda pública. Con ella se dictaba un límite suspensivo a la Administración, prohibiendo graduaciones más altas y reduciendo a un mínimo los viajes en misión oficial. La disposición reflejaba indudable buena voluntad, pero ésta **no pasó a convertirse en hechos más que en la Administración Económica, entonces muy vasta**. Cuando yo pasé a dirigir la Administración Económica trabajaban en ella dos mil quinientas personas (entre la Administración y las oficinas especiales). Hasta 1949 se consiguió reducir a 1.647 el número de empleados.

EL BOLETÍN DE PRECIOS Y EL PROGRAMA PARA TODOS

Las tentativas de la Administración Económica encaminadas a estabilizar los precios dieron por resultado la publicación periódica de un boletín de precios, que, elaborado en común por la industria, el comercio y los sindicatos, debía señalar el precio adecuado de tales o cuales artículos según el cálculo reglamentario. El primer boletín de precios, de fecha 11 de septiembre de 1948, da, por ejemplo, para un par de zapatos corrientes de caballero, un precio de 24,50 hasta 30 DM. En aquellas fechas comenzó también a funcionar el programa para todos, dentro del cual, por ejemplo, en agosto de 1948, se produjeron 700.000 pares de zapatos a precios esmeradamente calculados.

Finalmente, mencionemos la “ley contra la subida ilegal de precios”, promulgada el 7 de octubre de 1948, que hoy mismo sigue ofreciendo tema de acaloradas disputas parlamentarias. Pero sería faltar a la verdad histórica – mejor dicho, sería contradecirla- el incluir esta ley entre las diversas causas auténticas que produjeron más adelante el cambio repentino de los precios.

Este **afortunado viraje** que trajo consigo la consecuencia del equilibrio económico fue favorecido también por la tendencia al reflujó de precios que empezó a sentirse en el mercado internacional desde fines de 1948. Importante era también que, gracias a la ayuda del Plan Marshall, **mejorase el aprovisionamiento de materias primas**. A fines de 1948 y principios del 49 se intensificó el equipamiento de las industrias con materias primas y maquinaria. Estos factores contribuían a activar el logro de la obra iniciada. Esta primera fase de la reconstrucción alemana vino, así, a caracterizarse, al mismo tiempo que por la **turbulencia de precios** que hemos explicado más arriba, por una **considerable elevación de los salarios reales** y por un **enorme auge de la producción**.

Esta corrección de precios en el sentido de establecimiento de un equilibrio sobre un nivel nominal modificado, resultó ser necesaria y obligada. Pero por entonces, inversamente, **la tijera entre precios y capacidad adquisitiva de los consumidores comenzó a cerrarse** de un modo cada vez más perceptible **a favor de los consumidores**. En pocas semanas el panorama se había transformado radicalmente. Ya no se pagaba cualquier precio, y era cada vez más frecuente la anulación de pedidos por falta de dinero. Se leían titulares como éste entre otros muchos: "Señales de alarma en el sector de los bienes de consumo". Y lo característico era que el pesimismo amenazaba correrse entonces hacia el otro lado.

LA SEGUNDA FASE

Mientras en la primera fase después de la Reforma Monetaria creían muchos que el alza de precios no podría detenerse, **lo que pasó a temerse luego con igual apasionamiento fue el brusco hundimiento de los precios**, que no permitiría ya a la economía cubrir sus gastos. En todo caso, hasta la irrupción de la crisis coreana, este descenso de los precios hizo ver claramente al consumidor **las manifiestas ventajas de la economía de mercado libre** frente a todas las formas de influencia del Estado sobre la economía. Y esta conciencia hubiese sido mucho más intensa si el "hombre de la calle" hubiese podido establecer una comparación de los precios en el plano internacional. Pues, en efecto, mientras por aquellos tiempos los precios bajaban en la Alemania Occidental, en el extranjero se acusaban considerables alzas.

Hasta mediados de 1950 –y ello caracteriza este período de apaciguamiento del clima de precios- la mayor parte de los índices representativos habían descendido al nivel inicial de mediados de 1948. El índice de costo de vida de una familia obrera compuesta de cuatro miembros había bajado en el Territorio Económico Unido (1936 = 100) desde 166, en el último trimestre de 1948, pasando por 160 en el promedio anual de 1949, hasta 149 en julio de 1950. La baja de precios quedaba demostrada tanto más

palpablemente cuanto que, en el mismo período de tiempo, los salarios aumentaron.

Este movimiento se inició ya en el segundo semestre de 1948, pero es en 1949, precisamente, cuando puede señalarse, en grado muy pronunciado, una intensa elevación de los salarios reales. En contraste con otros períodos posteriores de grandes aumentos en este terreno, en 1949 la elevación de los salarios nominales coincidió con bajas en los precios, originando de este modo singulares mejoras en los salarios reales. Justamente en esto estriba la característica peculiar de **esta segunda fase** después de la Reforma de mediados de 1948.

Esta curva contrapuesta de los salarios y de los precios cumplía evidentemente con los postulados de la economía social de mercado. Pero tampoco esta fase se desarrolló sin algunas tensiones. Los factores que determinaron la evolución fueron, brevemente esbozados, los siguientes: adecuación del nivel de precios al poder adquisitivo disponible, con producción de bienes en aumento; simultánea atenuación de la coyuntura por excedentes en el erario público; a lo que hay que añadir los efectos retardantes de la depresión que iba extendiéndose en los Estados Unidos, pero también necesidades de acomodación a consecuencia de la liberalización iniciada en el otoño de 1948 y del incremento de las importaciones.

Estas fuerzas, conscientemente desencadenadas, condujeron **por primera vez desde hacía año y medio** a una sensible presión de la competencia internacional sobre el mercado interior alemán. En esta importante fase de desarrollo después de la Reforma, la industria se ve obligada por primera vez a revisar sus programas de producción, desarrollados fuera del contacto con el extranjero y demasiado apegados aún a la ideología autárquica, y a dirigir nuevamente su atención hacia las posibilidades de mercado.

ENTRONIZACIÓN DEL CONSUMIDOR

La presión de los precios descendentes suscitó un fenómeno que los consumidores alemanos **no conocían más que como un lejano recuerdo**. El cliente volvió a ser el rey; formóse un “**mercado comprador**”. Pero ¡qué torpes fueron los primeros pasos de los consumidores por esta tierra virgen súbitamente descubierta gracias a la política económica alemana!. Esperando lógicamente poder comprar acaso más barato mañana o pasado mañana, el consumidor se hacía muy reservado; había vuelto a aprender a sopesar cuidadosamente las circunstancias. Este conocimiento del consumidor era absolutamente necesario para nuestro desenvolvimiento, pues sin este duro aprendizaje ¿cómo se hubiese podido quitar de la cabeza la idea del “mercado

vendedor”, tan firmemente arraigado y tan por completo extraño a la economía de mercado libre?.

Aquel recién nacido mercado comprador tuvo, naturalmente, sus consecuencias. En tanto la propensión a la inversión deseaba exclusivamente ampliar la capacidad, se hizo sentir un inequívoco retraimiento. El criterio de las empresas experimentó un cambio, procurando que lo decisivo no fuesen ya, de un modo exclusivo, consideraciones de economía de la producción, sino que adquiriesen relieve cada vez mayor los aspectos de la economía de mercado. **La inversión racionalizadora pasó a primer plano.** Muchas creencias que se tenían por seguras dentro del mercado vendedor se revelaron falsas o insostenibles.

La estadística del desarrollo de la productividad refleja con claridad esta fase. Desde diciembre de 1948 hasta junio de 1950 el rendimiento por hora de ocupación se elevó, en el territorio federal, de 70,3 a 89% respecto a 1936. Una racionalización más a fondo tuvo efecto en aquellos dominios en que la presión de la competencia se hizo sentir de un modo especial. Si se comparan, por ejemplo, las cifras de productividad del primero y segundo semestres de 1949 se obtienen, en este breve período, para la industria textil, elevaciones de 82,2 a 95,7; para la industria del calzado, de 69 a 75,8; para la fabricación de vehículos, de 49,1 a 65,7, mientras, característicamente, la industria del carbón que entonces seguía estando en todos los sentidos **fuera del ámbito de la economía de mercado libre**, solo acusa una mejora de productividad de 61,3 a 62,5 (1936=100, resultado de producción por hora de trabajo de un obrero, procedencia: Oficina de Estadística de la República Federal). No hace falta decir que hasta que no se produjeron estos grandes éxitos en el campo de la racionalización no fueron posibles los señalados aumentos de salarios sin riesgo en la estabilidad de los precios.

LA HERENCIA DEL ENGAÑOSO PLENO EMPLEO

Teniendo en cuenta estas tendencias, resultó inevitable que **el paro** se convirtiese en un **problema muy grave**. Así, pues, también esta consecuencia, ciertamente desagradable, daba pie por todas partes a condenar por entero la nueva política económica.

Pero tal reacción, al mismo tiempo, es típica de la **falta de paciencia** de que dan testimonio tantas gentes cuando afrontan una evolución que requiere largo plazo. Repetidamente subrayé que con el mero empleo no se resolvería gran cosa a favor del trabajador alemán y del pueblo alemán en su totalidad, sino que lo que importaba era asegurar su existencia **creando puestos de trabajos seguros**, es decir, racionales.

El paro de entonces, desde el engañoso pleno empleo de los días anteriores a la Reforma monetaria hasta fines de 1948, se elevó a la cifra de 760.000. Durante todo el 1949 siguió creciendo el paro incluso en los meses del verano. Mes a mes el número de parados se elevó de 962.000, en enero, a 1,56 millones, a fin de año. ¡Duros tiempos, en verdad, para el político económico con sentido de responsabilidad!. Una vez más volvió a predecirse el **derrumbamiento de mi política económica**.

El crecimiento del número de parados no hubiese sido tan grande, ni mucho menos, si no hubiese habido una constante demanda de empleos a consecuencia, entre otras cosas, de la afluencia renovada de refugiados. En medio de aquella crítica acerada se olvidaba a propósito la seguridad con que aquellas mismas gentes que ahora –entre otras razones, por partidismo político- discutían acaloradamente las cifras de paro, habían profetizado antes de la Reforma Monetaria, para el tiempo subsiguiente, un ejército de parados de 4 a 5 millones de personas. Pero el paro se debía, exclusivamente o poco menos, a la constante afluencia de solicitantes, y esto lo prueba de manera inmejorable la estadística de individuos empleados, que desde fines de 1948 a fines de 1949 señala un retroceso de 150.000, mientras el frente de parados, en el punto de mayor depresión de aquella temporada de invierno, es decir, en febrero de 1950, se hallaba 1,2 millones por encima de fines de 1948. Esta enorme afluencia hablaba, **para los avisados, más bien a favor que en contra de aquel sistema de economía liberal**, pues demostraba cómo a muchas gentes de Alemania Occidental el trabajo se les aparecía, no ya solo como algo necesario, sino también, de nuevo, **como algo ventajoso y productivo**.

Por esta misma época registrase otro hecho, de seria trascendencia, que apenas cede en importancia a las reformas de mediados de 1948; **el paso a una política de comercio exterior fundamentalmente distinta**, que expuso la economía alemana, de un modo consciente a la competencia internacional. Para ser completos, habremos de recordar también a este propósito la disminución de valor del DM, que, con efectos de 19 de septiembre de 1949, se realizó con el 20% y un restablecimiento de la paridad del dólar, de 3,33 DM hasta entonces, a 4,20 DM. Esta devaluación se reflejó en la evolución del comercio exterior.

Finalmente, merece señalarse, por su singular importancia, el hecho de que la República Federal, en el curso de desvalorización de casi todos los sistemas monetarios europeos, iniciado por la acción de Inglaterra, hiciese acopio del valor necesario para permanecer por bajo **de Inglaterra y Francia, conformándose así con un menoscabo en la competencia**.

En los primeros 15 meses transcurridos desde la entrada en funciones del primer Gobierno Federal la situación se había transformado, pues,

radicalmente. Entre octubre de 1949 y diciembre 1950 se logró **tipificar las exportaciones**. Pero la liberalización del comercio exterior, como era de esperar, había producido también una subida tan intensa de las importaciones, que **nuestra balanza de pagos tomó forma pasiva, a pesar del incremento de las exportaciones**. La importación, en este proceso, no sólo servía a un consumo creciente, sino que sus efectos resultaban indispensable también para obtener materias primas necesarias para una industria de elaboración de productos que fuesen luego exportables. Este proceso exigía tiempo, y nervios sanos. A los apuros del paro obrero se añadía, en efecto, la preocupación por los resultados pasivos de nuestra balanza de comercio, que cerró en 1949 con un saldo pasivo de 158 millones de dólares y en 1950 con 243 millones de dólares, mientras que el conjunto de las transacciones cerraba en 1949 con un **pasivo** de 1.114 millones de dólares y en 1950 con un déficit de 723 millones de dólares.

LA EXPANSIÓN DE CRÉDITOS, ¿REMEDIO UNIVERSAL?

En semejante situación, el Ministro de Economía no podía permanecer por más tiempo en inactiva contemplación. Así rezaba su diagnóstico de la situación: La economía interna se encuentra obstaculizada, las fuerzas productivas que existen no se aprovechan hasta el máximo. El índice de producción industrial cierto es, había subido de 75,2 en diciembre de 1948 (1936= 100) a 96,1 en diciembre de 1949. En vista del paro, podía creerse que la situación económica interna aconsejase una política de créditos lo más generosa posible, secundada por otras medidas expansivas. Y en efecto, **mi política supuestamente deflacionista** fue criticada entonces por acá y por allá, y se postuló una expansión de créditos con la que quedaba bien claro que aquellos críticos se hallaban dispuestos a **ir relegando cada vez más a segundo término el deseo de estabilidad del valor dinerario**.

Desde la oposición hasta los aliados, que en su ardorosa “guerra de memorándum” pretendían asimismo dar más importancia al pleno empleo que al sostenimiento estable de nuestra moneda, formóse entonces un coro unánime de críticas. Este debate había dado principio con el memorándum entregado al Gobierno Federal a mediados de diciembre de 1949, en el que debían quedar trazadas las bases para ulteriores planes derivados del plan Marshall. Las semanas siguientes estuvieron dominadas por esta disputa.

Los discípulos de la **tesis inglesa del pleno empleo**, que tenían un sello propio de cuestión económica nacional, los partidarios del “dinero barato” y de la “austeridad” contrajeron una sorprendente alianza con funcionarios americanos de la Alta Comisión que, alarmados por los elevados excedentes de importación, pensaban con temor en el próximo fin de la ayuda Marshall. Y así, casi todas las fuerzas emprendieron un ataque general contra la economía

alemana de mercado libre, olvidando que nosotros, solamente mediante un incremento de la productividad y mediante una competencia libre unida al aseguramiento de nuestra estabilidad dineraria, podríamos afianzar lo suficiente nuestra posición en el mercado mundial y conquistar así las bases generales para abastecer a la población de la Alemania Occidental, cuya cifra se había incrementado considerablemente.

Contra semejante expansión, forzada y artificial, dirigí mis esfuerzos del modo más intenso. Hube de aguantar entonces que se me censurase por inactividad, cosa grotesca, pues hasta allí todo habían sido reproches por vitalidad excesivas. Eso a mí no me cabía la menor duda del enorme peligro que una imprudente política expansiva hubiese supuesto, a la larga, no sólo para la conseguida estabilidad de nuestra moneda, sino también para el equilibrio de nuestra balanza de pagos. Siguiendo esa política nos hubiésemos tornado desleales nada más iniciar aquel camino que había de llevarnos a una meta de leal intercambio en el comercio internacional. Teniendo en cuenta la importancia vital de nuestro comercio exterior, había que impedir a toda costa tamaña catástrofe.

De esta manera, contra todo consejo gratuito, se dosificaba también cuidadosamente la actividad de la política económica alemana, con el fin de por una parte, sí, **poner dique a los perjuicios de un paro general**, pero, por otra parte, dejar también fuera de peligro los progresos alcanzados, especialmente el aseguramiento del valor interior de nuestra moneda y el retorno de Alemania al mercado mundial, hecho posible gracias a esa seguridad. En aquellos días turbulentos importaba mucho permanecer firme y no hacer **todo aquello que recomendaban amigos auténticos y falsos**. Para contrarrestar la enorme presión política que trataba de aplicar medidas peligrosas y disparar mucho más allá de la meta, confieso que me vi obligado entonces a emplear más de una “estrategia”.

MEDICINA CONTRA LA DEPRESIÓN

En estas circunstancias, me esforcé por no salir del estrecho sendero entre la deflación y la inflación. El catálogo de ayudas efectivas otorgadas en aquel tiempo por el Ministerio de Economía y el Banco de Emisión demuestra que la moderna economía de mercado libre es perfectamente capaz de **contrarrestar eficazmente todo principio de depresión**, sin arriesgar la estabilidad monetaria.

Las medidas de política coyuntural entonces adoptadas se sopesaron cuidadosamente. A fines de marzo de 1949, el BdL aflojó el duro tornillo de los créditos, fijando éstos al nivel de fines de octubre de 1948. Desde el 1 de junio de 1949 el encaje mínimo se redujo desde el 15 al 12%, o desde el 10 al 9%.

Luego, el 27 de mayo de 1949 y el 14 de julio del mismo año, siguió la baja del tipo de descuento en un ½% respectivamente, es decir, de 5 a 4%. A fines del verano de 1949 se concedió a los establecimientos bancarios una ayuda extraordinaria por valor de 300 millones DM para que volviesen a financiar créditos a largo plazo con destino a la producción y la inversión. El 1 de septiembre se señaló otra vez una baja de los encajes mínimos, así como de los tipos de interés para imposiciones de término plazo determinado.

La presión del paro masivo obligó luego, en el invierno, a una reintensificación de la política de expansión económica. Se aprobó la ayuda financiera para un programa de procuración de trabajo y un plan de subsidios con destino a la construcción de viviendas.

En abril de 1950, el Gobierno Federal decreta bajas y reintegros de impuestos, con objeto de estimular el consumo, también por este conducto y descongestionar la economía. Un hecho que está en contradicción con los postulados de los aliados en la guerra de memorándum, en la que tanto se había censurado la inactividad alemana, fue el que **los aliados rehusaran al principio la aprobación de esta obra de reforma fiscal**. A este propósito conviene recordar cuántas energías se emplearon entonces en discutir con los aliados, lo mismo si se trataba de la lucha por la cuota del acero, que si se trataba de la organización racional del desmontaje y la desarticulación, la aplicación de los llamados contravalores, los métodos convenientes para superar la brecha del dólar o incluso la progresiva reducción del control económico. Apenas hace falta decir que esta fase del mercado comprador me vino muy a propósito para **arrojar por la borda aquellos restos de control económico y disposiciones sobre precios que se habían convertido ya en irreales**.

NO HABRÍA HECHO FALTA EL CONFLICTO DE COREA

Sería un pecado de infidelidad a los hechos históricos querer atribuir exclusivamente al “boom” coreano la solución de las dificultades que entonces fueron superadas merced a una cuidadosa ponderación. La inflexibilidad mostrada frente a todas las pretensiones de abandonar la política de estabilidad monetaria dio ya antes prueba de sus buenos resultados. El índice de producción trepó de 90,9 en enero de 1950, a 107,6 en junio del mismo año; en lo que hay que tener en cuenta que esta elevación de casi el 20% estaba muy por encima de los meses correspondientes al año anterior.

La depresión sostenida de los precios en el interior del país y la consiguiente ampliación del mercado comprador hicieron doblemente interesante la exportación, que subió de 485,5 millones DM, en diciembre de 1949, a 651,9 millones, en junio de 1950. En aquellos seis meses el excedente

de importación disminuyó desde 532,7 millones DM, en enero de 1950, hasta sólo 138,6 millones en DM, en junio del mismo año. El paro bajó en ese semestre en una proporción de 360.000 personas. El número de empleados creció todavía más.

Hoy, que disponemos de toda clase de datos estadísticos, sabemos muy bien que **no habría hecho falta el conflicto de Corea para continuar el auge económico alemán** o acelerar su ritmo. **Todo lo contrario: el “boom” de Corea ocasionó a la política económica alemana muchas más dificultades que impulsos saludables.**

Basta sólo pensar en **qué fase tan favorable para los consumidores** quedó interrumpida por obra del conflicto coreano: El índice de costo de vida experimentó hasta septiembre de 1950, en que el alza coreana empezó a tener repercusiones, un considerable descenso desde 168 (1936=100), en enero de 1949, hasta 148, mientras simultáneamente los beneficios laborales conservaban su curso ascendente. Cuando el mundo, con la irrupción del conflicto de Corea, sufrió el mayor susto desde 1939, la política económica alemana acababa de establecer los supuestos necesarios para una ulterior expansión. De modo que el conflicto en cuestión lo que hizo fue **perturbar de un modo extraordinariamente sensible este desenvolvimiento sano y natural.**